



La Espiritualidad de Luisa Piccarreta

Los medios sobrenaturales de la Iglesia
y el vivir en el Divino Querer

**IV Encuentro Internacional
sobre la Sierva de Dios Luisa Piccarreta
Corato, 13 de Octubre 2006**

LOS MEDIOS SOBRENATURALES DE LA IGLESIA Y EL VIVIR EN EL DIVINO QUERER

Desarrollo este tema examinando los primeros 18 volúmenes de su “diario”.

LA SANTA IGLESIA EN LA VIDA Y EN LOS ESCRITOS DE LUISA PICCARRETA

Características de Luisa, que son las de los verdaderos hijos de Dios, son: el amor a la Cruz, a la Gloria de Dios y a la Iglesia. (Vol. 2°, 8-2-1905).

No nos detenemos en la vocación de Luisa como *Víctima* en favor de sus hermanos y su dependencia y amor a la Iglesia. Veamos simplemente la Iglesia a través de los ojos y las páginas de Luisa.

1. En la Santa Iglesia está reflejado todo el Cielo. A pesar de lo cual, en la Iglesia hay miembros sanos y luminosos y miembros infectados y tenebrosos (Vol. 2°, 2-5-1899).

La Iglesia debe conocer quienes son los que pertenecen a Ella: no necesita consultar los registros de Bautizados, sino ver quienes cultivan su propia vida cristiana mediante los Sacramentos, en particular la Confesión y la Eucaristía (Vol. 3°, 14-3-1900). La Iglesia Católica posee todos los medios necesarios para salvar a los hombres, medios que los protestantes no tienen. (Vol. 4°, 9-2-1903). Ella, instruida por Cristo, le hace eco y en casi todas las circunstancias, al dar los Sacramentos, etc., da su bendición (Vol. 12°, 28-11-1920).

2. La Iglesia nunca se acabará, será siempre lo que su Fundador ha querido, es decir la Iglesia. Todo lo más, podrá lavarse en su propia sangre, pero eso la hará más bella y gloriosa. (Vol. 4°, 23-2-1903).

La Iglesia está representada en la figura de una mujer majestuosa y venerable, pero a la vez oprimida y enferma. (Vol. 5°, 24 e 25-10-1903). Bajo esta imagen, más adelante, Luisa describe el estado doloroso en que yace la Iglesia y ella tiene que ayudar a Jesús a ponerla a salvo y a sanarla. La Iglesia ha de ser purificada en sus miembros; la persecución servirá a liberarla de los miembros corrompidos y a purificar y mejorar a los buenos (Vol. 17°, 6-9-1924).

Luisa ya lo había dicho antes: el estado tristísimo de decaimiento en que yace la Iglesia acabará en una terrible purificación sangrienta, tras la cual llegará su más grande triunfo y la paz (Vol. 3°, 1-11-1899). El Señor permitirá que las iglesias sean profanadas y que *el abominio de la desolación se instaure en el Lugar Santo*, a causa de los pecados de los sacerdotes, por haber sido ellos los primeros en profanar el Templo y los templos vivientes, que son las almas y la misma Eucaristía (Vol. 7°, 20-10-1906).

Luisa tiene plena conciencia del estado real en que ya entonces se hallaba la Iglesia, la cual ahora aparece como moribunda, pero cuando levantará la Cruz resucitará, intrépida y resplandeciente, confundiendo y poniendo en fuga a sus enemigos (Vol. 4°, 2-9-1901). La Iglesia resurgirá más bella y gloriosa después de su Pasión (Vol. 4°, 23-2-1903). Entonces será (o, mejor dicho, Luisa la ve) como una Niña inocente y bellísima.

Por eso, la Stma. Virgen la llama a trabajar con Ella en el jardín de la Iglesia: está casi vacío y lo que es humano tiene que ser arrancado y sustituido con todo lo que es de la Madre de la Iglesia, que es divino (Vol. 17°, 2-8-1925). Dejemos por el momento la cuestión de qué debemos entender por “*lo que es humano, que ha de ser arrancado y sustituido con lo que es Divino*”.

3. La Divina Voluntad es el germen, medio y corona de toda virtud y de la Iglesia (Vol. 15°, 28-11-1922).

Por eso la Iglesia, fiel ejecutora y depositaria de las enseñanzas del Señor, dice siempre el Padre nuestro (Vol. 15°, 2-5-1923), pidiendo que la Divina Voluntad se haga en la tierra como en el Cielo.

Luisa dice: “*Todos los hijos de la Iglesia son miembros del Cuerpo Místico, del que Jesús es la Cabeza*”. Y se pregunta: “*¿Cuál será el puesto que ocuparán en este Cuerpo Místico las almas que tienen la Voluntad de Dios?*” (Vol. 13°, 11-1-1922). Quienes vivan en la Voluntad de Dios serán los miembros que completarán la formación del Cuerpo Místico y, como la piel, lo cubrirán de belleza y de gloria, alcanzando finalmente el Reino que pedimos en el Padre nuestro. De ahí la importancia de que esos miembros se formen en la Iglesia mediante las verdades manifestadas por Jesús respecto a su Querer Divino:

“*Estos escritos serán para mi Iglesia como un nuevo Sol que surgirá en medio de ella, y los hombres, atraídos por su luz refulgente, se aplicarán para transformarse en esa luz y quedar espiritualizados y divinizados, por lo cual, renovándose la Iglesia, transformarán la faz de la tierra*”. “*Tú verás el gran bien desde el Cielo, cuando la Iglesia recibirá este alimento celestial, que, fortificándola, la hará resucitar en su triunfo pleno*” (Vol. 16°, 10-2-1924).

4. Son enseñanzas – afirma explícitamente Jesús– que no pueden sustituir lo que El dijo e hizo estando en la tierra. No pueden sustituir al Evangelio ni a los Sacramentos que El instituyó, pero sirven para comprenderlos mejor en la plenitud de la Luz y para vivirlos en la plenitud de su fruto. En efecto, el Señor dice:

“Los mismos Apóstoles y toda la Iglesia nada han añadido a lo que Yo dije e hice cuando estuve en la tierra. Ningún otro evangelio ha hecho y ningún otro sacramento ha instituido, pero se está siempre en torno a todo lo que Yo hice y dije... Es cierto que la Iglesia ha comentado el Evangelio, que ha escrito tanto sobre todo lo que Yo hice y dije, pero nunca se ha alejado de mi fuente, del origen de mis enseñanzas... Así será de mi Voluntad. Pondré en tí el fondo de la ley eterna de mi Querer, lo que es necesario para hacer que se comprenda, las enseñanzas que hacen falta. Si la Iglesia se extenderá en explicaciones y comentarios, nunca se alejará del origen, de la fuente que Yo he puesto; y si alguien querrá alejarse, se quedará sin luz y en total oscuridad, y si quiere la luz se verá obligado a volver a la fuente, o sea, a mis enseñanzas”. (Vol. 16°, 24-2-1924).

LOS SACRAMENTOS DE LA SANTA IGLESIA

La Iglesia se nos presenta en este mundo –si se puede decir así– a través de los siete **Sacramentos**. No es casual la definición que el Concilio ha dado de la Iglesia, que coincide con la de los Sacramentos: *“La Iglesia es en Cristo como un Sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”* (L.G. 1).

La vida de la Iglesia, el amore a Ella, el pertenecer a Ella pasa a través de los siete Sacramentos.

En los Sacramentos se nos da la virtud y el objeto de la Esperanza (Vol. 2°, 14-10-1899).

Jesucristo se ha quedado por amor como Víctima perenne en la Eucaristía (Vol. 3°, 18-6-1900).

La finalidad de la Eucaristía es formar el Ser Divino en el alma (Vol. 8°, 8-1-1909) y el fin de Jesús al instituir la fue de consagrar las almas en la Divina Voluntad como verdaderas Hostias vivas (Vol. 11°, 15-3-1912). En la Eucaristía el Señor ha puesto toda su Vida, sus plegarias, sus penas, sus obras y su Amor (Vol. 11°, 24-2-1917). Y explica de qué modo puede el alma hacerse una Hostia para El (Vol. 12°, 12-10-1917), de qué forma el alma debe hacer de sí misma una Eucaristía viviente:

“Hija mía, tú también puedes hacer hostias y consagrarlas místicamente. ¿Ves la vestidura que me cubre en el Sacramento? Son los accidentes del pan con que se forma la hostia. La Vida que existe en esta hostia es mi Cuerpo, mi Sangre y mi Divinidad. Mi suprema Voluntad es el acto que contiene esta Vida; y esta Voluntad produce el Amor, la reparación, la inmolación y todo lo demás que hago en el Sacramento, que nunca se separa ni un punto de mi Querer. No hay cosa que salga de Mí, en que mi Querer no vaya por delante.

*Y mira de qué forma tú también puedes formar la hostia. La hostia es material y del todo humana; tú tienes también un cuerpo material y una voluntad humana. Este cuerpo tuyo y esta voluntad tuya, si los conservas puros, rectos, lejos de cualquier sombra de pecado, son los accidentes, los velos para poderme consagrar y vivir escondido en tí. Pero no basta; eso sería como la hostia sin la consagración; **hace falta mi Vida**. Mi Vida está formada por santidad, amor, sabiduría, poder, etc., pero mi Voluntad es lo que mueve todo. Por tanto, después de que hayas preparado la hostia, tienes que hacer que tu voluntad muera en ella, la debes cocer muy bien para que no renazca y **has de hacer que sea sustituida en todo tu ser por mi Voluntad, la cual, conteniendo toda mi Vida, realizará la verdadera y perfecta consagración**. De manera que ya no tendrá vida el pensamiento humano, sino el pensamiento de mi Querer, el cual consagrará mi sabiduría en tu mente. Lo humano, la debilidad, la inconstancia ya no tendrá vida, porque mi Voluntad formará la consagración de la Vida divina, de la fortaleza, de la firmeza y de todo lo que Yo soy. Así que cada vez que hagas que tu voluntad corra en la Mía, tus deseos y todo lo que eres y puedas hacer, **Yo renovaré la consagración y, como en hostia viviente, no muerta, como son las hostias sin Mí, Yo continuaré mi Vida en tí**.*

*Pero es más: en las hostias consagradas, en los copones, en los sagrarios, todo está muerto, mudo; no hay sensiblemente un palpar, un acto de amor que responda a tanto amor mío. Si no fuera porque espero los corazones para darlos a ellos, sería bien infeliz, mi amor quedaría defraudado y mi Vida sacramental no tendría objeto. Y si lo tolero en los sagrarios, no lo tolero en las hostias vivientes. Por tanto, **en el Stmo. Sacramento Yo quiero ser alimentado con mi mismo Alimento**, es decir, que el alma debe hacer suya mi Voluntad, mi amor, mis plegarias, mis reparaciones y sacrificios, Me los dará como cosas tuyas y Yo me alimentaré. El alma se unirá a Mí, escuchará con atención para oír lo que estoy haciendo, para hacerlo conmigo. A medida que repita mis mismos actos, me dará su alimento y Yo seré feliz. Sólo estas hostias vivas Me compensarán de la soledad, del ayuno y de lo que sufro en los sagrarios”.* (Vol. 11°, 17-12-1914).

Jesús sufre por los abusos y las profanaciones de los Sacramentos, a menudo reducidos a mera apariencia, a evento externo, pero sin *“alma”*, sin lo que los anima y los hace vivos y eficaces (Vol. 2°, 1-10-1899).

El Señor recorre en un largo capítulo del volumen 18° **los siete Sacramentos**, resume su significado y finalidad y describe los gemidos del Espíritu Santo en cada uno de ellos:

“Hija mía, haz que tu vuelo en mi *Voluntad* llegue a **todos los sacramentos** instituidos por Mí, baja hasta el fondo de ellos para darme tu pequeña correspondencia de amor. ¡Oh, cuántas lágrimas mías secretas hallarás, cuántos suspiros amargos, cuántos gemidos sofocados del Espíritu Santo! Su gemir es continuo por tantas desilusiones de nuestro Amor. **Los Sacramentos fueron instituidos para continuar mi Vida en la tierra** entre mis hijos, pero ay, ¡cuántos dolores! Por eso siento la necesidad de tu pequeño amor. Será pequeño, pero mi *Voluntad* me lo hará grande. Mi Amor no tolera que quien ha de vivir en mi *Voluntad* no se asocie a mis dolores y no me dé su pequeña correspondencia de amor por todo lo que he hecho y sufro. Por eso, hija mía, mira cómo gime mi Amor en los Sacramentos.

Si veo **bautizar el recién nacido**, lloro de dolor, porque mientras **con el BAUTISMO** le doy de nuevo la inocencia, encuentro de nuevo a mi hijo, le devuelvo los derechos perdidos sobre la Creación, le sonrío de amor y complacencia, pongo en fuga a su enemigo para que ya no más tenga derecho sobre él, lo encomiendo a los ángeles y todo el Cielo lo festeja, enseguida la sonrisa se me vuelve dolor, la fiesta se convierte en luto; veo que ese bautizado será un enemigo mío, otro Adán, tal vez incluso un alma perdida. Oh, cómo gime mi Amor **en cada bautizo**, sobre todo si se añade que quien lo administra no lo hace con el respeto, la dignidad y el decoro que merece un sacramento que contiene la nueva regeneración. Ah, muchas veces se da más atención a nimiedades, a cosas sin importancia, que a la administración de un sacramento. Así que mi Amor se siente herido por quien bautiza y por el bautizado y gime con gemidos inenarrables. ¿No quisieras tú darme por cada bautismo una correspondencia de amor, un gemido amoroso, para tener compañía a mis gemidos de dolor?

Pasa al **sacramento de la CONFIRMACIÓN**. ¡Ah, cuántos suspiros amargos! Mientras **con la Confirmación** le devuelvo la valentía, las fuerzas perdidas para hacerlo invencible contra todos sus enemigos y sus pasiones, es admitido en las filas de las milicias de su Creador para que luche por la conquista de la Patria Celestial, el Espíritu Santo le da de nuevo su beso amoroso, sus mil caricias, y se ofrece a ser el compañero de su carrera, muchas veces sin embargo siente que le paga con el beso del traidor, que desprecia sus caricias y huye de su compañía. ¡Cuántos gemidos, cuántos suspiros por su regreso, cuántas voces secretas al corazón de quien huye de El, hasta cansarse de decir! Pero todo es inútil. Por eso, ¿no quieres tú dar tu correspondencia de amor, tu beso amoroso, tu compañía al Espíritu Santo que gime por tanta ingratitud?

Pero no te detengas, sigue tu vuelo y oirás los gemidos angustiosos del Espíritu Santo en el **sacramento de la PENITENCIA**. ¡Cuánta ingratitud, cuántos abusos y profanaciones por parte de quien lo administra y de quien lo recibe! En este sacramento mi sangre se pone en acto sobre el pecador arrepentido, para descender sobre su alma y lavarlo, embellecerlo, sanarlo y fortificarlo, para devolverle la Gracia perdida, para ponerle en la mano las llaves del Cielo que el pecado le había arrebatado, para sellar sobre su frente el beso pacífico del perdón. Pero, ay, ¡cuántos gemidos desgarradores, al ver que las almas de acercan a este **sacramento de Penitencia** sin dolor, por rutina, casi por un desahogo del corazón humano. Otros –horrible es decirlo– en vez de ir a buscar la vida del alma, la Gracia, van a buscar la muerte, a desahogar sus pasiones. Con ello el sacramento se vuelve una burla, una buena conversación, y mi sangre, en vez de descender como baño que lava, descendiendo como fuego que hace aún más estéril. Así que en **cada confesión** nuestro Amor llora sin consuelo y sollozando repite: ¡Ingratitud humana, qué grande eres! En todo tratas de ofenderme y, mientras te ofrezco la vida, tú conviertes en muerte la misma vida que te ofrezco. ¿Ves como nuestros gemidos esperan tu correspondencia de amor **en el sacramento de la Penitencia**?

No se detenga tu amor; recorre todos los sagrarios, cada hostia sacramental, y en cada hostia oirás gemir al Espíritu Santo con dolor indecible. **El sacramento de la EUCARISTIA** es, no sólo la vida de las almas lo que ellas reciben, sino mi misma Vida que se da a ellas, por lo cual el fruto de este Sacramento es formar mi Vida en ellas, y cada Comunión sirve para hacer que mi Vida crezca y se desarrolle hasta poder decir: «Yo soy otro Cristo». Pero, ay, ¡qué pocos se aprovechan! Al contrario, cuántas veces descendiendo a los corazones y me reciben con las armas para herirme, repitiendo la tragedia de mi Pasión; y al consumirse las especies sacramentales, en vez de insistirme a que me quede con ellos, me obligan a irme bañado en lágrimas, llorando por mi suerte sacramental, y no encuentro quien consuele mi llanto y mis gemidos dolorosos. Si tú pudieras romper esos velos de la hostia que me cubren, me encontrarías mojado de lágrimas, sabiendo la suerte que me espera al bajar a los corazones. Por eso tu correspondencia de amor por cada hostia sea continua, para enjugar mis lágrimas y hacer menos dolorosos los gemidos del Espíritu Santo.

No te detengas, de lo contrario no te encontraremos siempre unida en nuestros gemidos y en nuestras lágrimas secretas, sentiremos el vacío de tu correspondencia de amor. Baja al **sacramento del ORDEN**; aquí sí que hallarás nuestros más íntimos dolores ocultos, las lágrimas más amargas, los gemidos más desgarradores. **El Orden** eleva al hombre a una altura suprema, con un carácter divino, a ser el repetidor de mi Vida, el administrador de los Sacramentos, el revelador de mis secretos, de mi Evangelio, de la ciencia más sagrada, el pacificador entre el Cielo y la tierra, el portador de Jesús a las almas. Pero, ay, cuántas veces vemos que el ordenado será un Judas nuestro, un usurpador del carácter que se le imprime.

¡Oh, cómo gime el Espíritu Santo al ver que el ordenado se arranca las cosas más sagradas, el carácter más grande que existe entre el Cielo y la tierra! ¡Cuántas profanaciones! Cada acto de este ordenado, no conforme al carácter impreso, será un grito de dolor, una lágrima amarga, un gemido desgarrador. **El Orden** es el sacramento que contiene en sí todos los demás sacramentos juntos. Por eso, si el ordenado sabrá conservar en sí íntegro el carácter recibido, pondrá casi a salvo todos los demás sacramentos; será el defensor y el salvador del mismo Jesús. Por eso, no viendo eso en el ordenado, nuestros dolores aún se acentúan más y se hacen continuos y penosos. Así pues, que tu respuesta de amor corra en cada acto sacerdotal, para hacer compañía al amor gemiente del Espíritu Santo.

Pon el oído de tu corazón y escucha nuestros profundos gemidos en el **sacramento del Matrimonio**. ¡Cuántos desórdenes hay en él! **El MATRIMONIO** fue elevado por Mí a sacramento, para poner en él un vínculo sagrado, el símbolo de la Trinidad Sacrosanta, el Amor divino que hay en Ella, de tal modo que el amor que debía de reinar entre el padre, la madre y los hijos, la concordia, la paz, debían representar a la Familia del Cielo, con lo cual debía de tener en la tierra otras tantas familias semejantes a la Familia del Creador, destinadas a poblar la tierra como otros tantos ángeles terrestres, que un día irían a poblar las regiones celestes. Pero, ay, cuántos gemidos, al ver que en el matrimonio se forman familias de pecado, que representan el infierno con la discordia, con la falta de amor, con el odio, que pueblan la tierra como tantos ángeles rebeldes que servirán para poblar el infierno. El Espíritu Santo gime con gemidos desgarradores **en cada matrimonio**, al ver formarse en la tierra tantas guaridas infernales. Por eso pon tu correspondencia de amor en cada matrimonio, en cada criatura que viene al mundo; así tu gemido amoroso hará meno dolorosos nuestros gemidos continuos.

Nuestros gemidos aún no se acaban, por eso tu correspondencia de amor llegue al lecho de quien está muriendo, cuando se le da **el sacramento de la EXTREMAUNCIÓN**¹. Pero ay, ¡cuántos gemidos, cuántas lágrimas nuestras secretas! Este sacramento tiene el poder de salvar a cualquier precio al pecador que muere, es la confirmación de la santidad para los buenos y los santos, es el último vínculo que con su unción pone entre la criatura y Dios, es el sello del Cielo que imprime en el alma redimida, es la infusión de los méritos del Redentor para enriquecerla, purificarla y adornarla, es la última pincelada que el Espíritu Santo le da para disponerla a partir de la tierra y que pueda comparecer entre su Creador. En una palabra, **la Extremaunción** es el último desahogo de nuestro Amor y el último retoque al alma, es arreglar todas sus obras buenas; por eso actúa de un modo sorprendente en quienes viven en Gracia. Con **la Extremaunción** el alma queda cubierta como por un rocío celestial, que le apaga como de un soplo las pasiones, el apego a la tierra y a todo lo que no pertenece al Cielo. Pero ay, ¡cuántos gemidos, cuántas lágrimas amargas, cuánta falta de disposiciones, cuántos descuidos, cuánta pérdida de almas, qué pocas santidades encuentra para confermarlas, cuán escasas obras buenas que reordenar y arreglar. ¡Oh, si todos pudieran oír nuestros gemidos, nuestro llanto sobre el lecho del enfermo en el acto de darle **el sacramento de la Extremaunción**, todos llorarían de dolor! ¿No quieres tú darnos tu correspondencia de amor por cada vez que es dado este sacramento, que es el último desahogo de nuestro Amor a la criatura? Nuestra Voluntad te espera en todo, para recibir tu correspondencia de amor y tu compañía en nuestros gemidos y suspiros”. (Vol. 18°, 5-11-1925).

Si **la Iglesia** es “como un Sacramento”, lo es también **la Cruz**, en el sentido que contiene los efectos y la eficacia de los siete Sacramentos (Vol. 4°, 25-4-1902). Pero los mismos Sacramentos recibidos no pueden dar la certeza de amar de verdad al Señor, como la da la Cruz llevada con paciencia y resignación (Vol. 8°, 16-2-1908). **Lo que hace que sean “vivos” y eficaces, tanto la Cruz como los Sacramentos, es la Divina Voluntad**. Ella es su origen, su explicación, su “alma”. Por eso es superior a los Sacramentos, superior al Bautismo y a la Comunión, porque contiene todo bien del Cielo y de la tierra. Ella es el origen y el fin, Ella es la sustancia, mientras que los Sacramentos son tan sólo los medios:

“Hija mía, te recomiendo que no salgas de mi Voluntad, porque mi Voluntad no sólo tiene un poder tal que es como un nuevo bautismo para el alma, sino que es más que el mismo bautismo, porque **en los sacramentos hay parte de mi Gracia, mientras que en mi Voluntad está toda su plenitud**; en el bautismo se quita la mancha del pecado original, pero quedan las pasiones, las debilidades; en mi Voluntad el alma, destruyendo su propio querer, destruye las pasiones, las debilidades y todo lo que humano, y vive de las virtudes, de la fortaleza y de todas las cualidades divinas”.

Yo, al oír eso, decía para mí: “Dentro de poco dirá que su Voluntad es más que la misma Comunión”.

Y El ha añadido: “Así es, así es, porque la Comunión sacramental dura pocos minutos; mi Voluntad es comunión perenne, mejor dicho, eterna, que se eterniza en el Cielo. La Comunión sacramental puede tener

¹ - El nombre actual es “Unción de enfermos”, sin olvidar con ello su función propia, como aquí se describe.

obstáculos, o por enfermedad, o por necesidades, o por parte de quien ha de darla, mientras que la *Comunión de mi Voluntad* no tiene problemas: basta sólo que el alma la quiera y todo está hecho, nadie puede impedirle tan grande bien, que forma la felicidad de la tierra y del Cielo, ni los demonios, ni las criaturas, ni mi misma omnipotencia. El alma es libre, nadie tiene derecho sobre ella, tratándose de mi *Voluntad*. Por eso Yo la insinúo, **deseo tanto que mis criaturas la tomen, es lo que más me importa, lo que más me interesa;** todas las demás cosas, aun las más santas, no me interesan, y cuando consigo que el alma viva de mi *Voluntad*, me siento triunfante, porque encierra el mayor bien que puede haber en el Cielo y en la tierra.” (Vol. 9º, 23-3-1910).

La Divina Voluntad es *Sacramento* y supera a todos los Sacramentos juntos; es intangible y plenamente eficaz por Sí misma:

«Estaba yo pensando: “¿Cómo puede ser que hacer la *Voluntad* de Dios sea más que los mismos sacramentos?” y Jesús, moviéndose en mi interior, me ha dicho:

“Hija mía, ¿y por qué los sacramentos se llaman sacramentos? Porque son sagrados, tienen el valor y el poder de dar la *Gracia*, la santidad. Sin embargo, **los sacramentos actúan según las disposiciones de las criaturas**, tanto que muchas veces incluso quedan infructuosos, sin poder dar los bienes que contienen. Ahora bien, **mi *Voluntad* es sagrada y santa y tiene toda la capacidad de todos los sacramentos juntos**. No sólo no ha de trabajar en disponer el alma a que reciba los bienes que contiene mi *Voluntad*, sino que apenas el alma se ha decidido a hacer mi *Voluntad*, ya se ha preparado por sí misma, y mi *Voluntad*, hallándola en todo preparada y dispuesta a costa de cualquier sacrificio, sin tardanza se comunica al alma, derrama en ella sus bienes y forma los héroes, los mártires del Divino *Querer*, los portentos más inauditos.

Y además, **¿qué hacen los sacramentos, si no unir el alma con Dios? ¿Y qué es hacer mi *Voluntad*?** ¿Acaso no es unir la voluntad de la criatura con su Creador, perderse en el *Querer Eterno*, la nada que sube al Todo y el Todo que desciende a la nada? Es el acto más noble, más divino, más puro, más bello, más heroico que puede hacer la criatura. Ah, sí, te lo confirmo, te lo repito: **mi *Voluntad* es Sacramento y supera a todos los sacramentos juntos, pero de un modo más admirable, sin intermedio de nadie, sin materia alguna**. El sacramento de mi *Voluntad* se forma entre mi *Voluntad* y la del alma: las dos voluntades se atan juntas y forman el sacramento. Mi *Voluntad* es vida y el alma ya está preparada a recibir la vida, es santa y el alma recibe la santidad, es fuerte y el alma recibe la fortaleza, y así todo lo demás. Por el contrario, mis otros sacramentos, cuánto tienen que trabajar para preparar las almas, si es que lo logran.

Estos canales que he dejado en mi Iglesia, ¡cuántas veces son maltratados, despreciados, dañados! Algunos se sirven de ellos para ensuciarse y los dirigen contra Mí para ofenderme. Ah, si tú supieras los sacrilegios enormes que se cometen en el sacramento de la *Confesión* y los abusos horribles del sacramento de la *Eucaristía*, llorarías conmigo por el dolor tan grande. Ah, sí, sólo el sacramento de mi *Voluntad* puede cantar gloria y victoria. Obtiene la plenitud de sus efectos, es intangible, no puede ser ofendido por la criatura, porque para entrar en mi *Voluntad* tiene que dejar la suya, sus pasiones, y entonces mi *Voluntad* se baja a ella, la inunda, la hace una sola cosa con Ella y hace prodigios. Por eso, cuando hablo de mi *Voluntad* es para Mí una fiesta, no acabo, mi alegría es total y no entra amargura entre el alma y Yo; pero con los otros sacramentos mi Corazón nada en el dolor: el hombre me los ha convertido en fuentes de amargura, mientras que Yo se los he dado como tantas fuentes de *Gracia*”. (Vol. 12º, 26-12-1919).

En efecto, Jesús le explica —y por medio de ella a su Confesor— que **el centro y la vida del alma no es la Stma. Eucaristía, sino la Divina Voluntad, la cual da vida a los mismos Sacramentos y los contiene en sí:**

“Hija mía, Yo tenía que hacer de modo tal que la santidad fuese fácil y accesible a todos, a menos que no la quisieran, y para todas las condiciones, en todas las circunstancias y en todas partes. Es cierto que el Stmo. Sacramento es centro; ¿pero Quién lo instituyó? ¿Quién obligó a mi Humanidad a encerrarse en el breve espacio de una hostia? ¿No fue mi *Voluntad*? Por tanto, mi *Voluntad* tendrá siempre el primado sobre todo.

Y además, si todo está en la Eucaristía, los sacerdotes que me llaman a que baje del Cielo a sus manos y que más que todos están en contacto con mi carne sacramental, deberían ser los más santos, los más buenos, y sin embargo tantos son los más malos. ¡Pobre de Mí, cómo me tratan en el Stmo. Sacramento! Y tantas almas que me reciben tal vez cada día, deberían de ser todas santas, si bastase el centro de la Eucaristía, mientras que, da ganas de llorar, siempre siguen igual: vanidosas, iracundas, puntillosas, etc. ¡Pobre centro del Stmo. Sacramento, cómo queda deshonrado! Por el contrario, una madre de familia que hace mi *Voluntad* y que por su situación, no es que no quiera, sino que no puede recibirme todos los días, se la ve paciente, caritativa, que lleva en sí el perfume de mis virtudes eucarísticas. Ah, es tal vez el Sacramento o es mi *Voluntad* a la que ella se somete, lo que la tiene subyugada y que suple al Stmo. Sacramento? Te diré más: **los mismos Sacramentos producen fruto en la medida que las almas se someten a mi *Voluntad*; en la**

medida de la unión que tienen con mi Querer, así producen sus efectos. Y si no se unen con mi Querer, comulgarán, pero seguirán en ayunas; se confesarán, pero seguirán siempre sucias; vendrán a mi Presencia sacramental, pero si nuestros querer no se confrontan seré para ellas como muerto, porque sólo mi Voluntad en el alma que se deja dominar por Ella produce todos los bienes y da vida a los mismos Sacramentos. Y lo que no comprenden ésto, significa que son niños en la religión". (Vol. 11°, 25-9-1913).

Por eso, en quien hace la Divina Voluntad, Ella realiza "la verdadera, real, sacramental transformación" en Jesús. Quien así hace la Divina Voluntad recibe la verdadera Comunión eterna y con fruto completo. Es decir, que la comunión con Jesús, con Dios, es en la medida de la comunión entre la voluntad humana y la Voluntad Divina:

"Hija mía, a quien hace mi Voluntad le sucede como a un injerto en un árbol, que la fuerza del injerto tiene el poder de acabar con la vida del árbol que recibe el injerto; así que ya no se ven los frutos y las hojas del primer árbol, sino los del injerto. Y si el primer árbol le dijera al injerto: «Quiero conservar al menos un ramito, para poder dar yo también algún fruto, para poder dar a conocer a todos que yo aún existo», el injerto le diría: «Tú ya no tienes razón de seguir existiendo, después de que te has sometido a recibir mi injerto; la vida será toda mía». Así el alma que hace mi Voluntad puede decir: «Mi vida ha terminado; de mí ya no saldrán mis obras, mis pensamientos, mis palabras, sino las obras, los pensamientos, la palabras de Aquel cuya Voluntad es mi vida». Por tanto Yo digo a quien hace mi Querer: «Tú eres vida mía, sangre mía, huesos míos»..., y así sucede la verdadera, real, sacramental transformación, no gracias a las palabras del Sacerdote, sino en virtud de mi Voluntad². En el momento que el alma se decide a vivir de mi Querer, mi Voluntad me crea a Mí mismo en el alma; y a medida que mi Querer corre en la voluntad, en las obras, en los pasos del alma, otras tantas creaciones de Mí recibe. Sucede como con un copón lleno de hostias consagradas: tantos Jesús hay por cuantas hostias estan. Así el alma, en virtud de mi Voluntad, me contiene en todo y en cada parte de su ser. Quien hace mi Voluntad, recibe la verdadera Comunión eterna, Comunión con fruto completo". (Vol. 11°, 20-8-1913)

La Divina Voluntad es el milagro supremo, que supera a la misma Eucaristía:

*"Lo sabía Yo que hacían falta muchas gracias para hacer el milagro más grande que puede haber en el mundo, como es el vivir continuo en mi Querer: el alma en su acto debe absorber a todo un Dios, para a su vez darlo de nuevo íntegro, como lo ha absorbido, y a continuación absorberlo de nuevo. Por eso **supera al mismo milagro de la Eucaristía**: los accidentes no tienen razón, ni voluntad, ni deseos que puedan oponerse a mi Vida Sacramental, de modo que la hostia no aporta nada, toda la obra es mía; si Yo quiero, lo hago. Pero para que tenga lugar el milagro de vivir en mi Querer debo doblegar una razón, una voluntad humana, un deseo, un amor puramente libre, ¿y qué no hace falta? Por eso hay almas en abundancia que comulgan y toman parte al milagro de la Eucaristía, porque menos han de sacrificarse, pero teniendo que sacrificarse más para que tenga lugar el milagro que mi Voluntad tenga vida en ellas, poquísimas son las que se disponen." (Vol. 13°, 26-11-1921).*

Por consiguiente, en quien vive en la Divina Voluntad Jesús forma, no ya la vida "mística" de quien vive en Gracia (pero no siendo sus actos una sola cosa con el Querer Divino), sino la vida "real", como en el **Stmo. Sacramento y todavía más:**

"...Habiendo recibido la Comunión..., Jesús se ha dejado ver en mi interior y los velos sacramentales formaban como un espejo, en el que estaba vivo y verdadero; y mi dulce Jesús me ha dicho:

*"Hija mía, este espejo son los accidentes del pan, que me tienen prisionero en ellos. Yo formo mi vida en la hostia, pero ella nada me da, ni un afecto, ni un latido, ni el más pequeño «Te amo». Es como muerta para Mí; permanezco solo sin la sombra de ninguna correspondencia. Y por eso mi amor está casi impaciente por salir, por romper este vidrio, bajando a los corazones, para hallar en ellos esa correspondencia que la hostia no sabe ni puede darme. ¿Pero sabes dónde encuentro mi verdadera correspondencia? En el alma que vive en mi Voluntad. Yo, al bajar a su corazón, inmediatamente consumo los accidentes de la hostia, sabiendo que **accidentes más nobles y para Mí más queridos están listos para aprisionarme, para no dejarme salir de ese corazón, que no sólo me dará vida en él, sino vida por vida. No estaré solo, sino con mi más fiel compañía; seremos corazones palpitando juntos, amaremos juntos, nuestros deseos serán uno solo. Así que Yo permanezco en ella y hago vida, vivo y verdadero, como la hago en el Stmo. Sacramento.**³ ¿Pero sabes tú cuáles son los accidentes que encuentro en el alma que hace mi Voluntad?*

² - En ésto consiste el ejercicio del sacerdocio real: "Os exorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcais vuestros cuerpos como sacrificio viviente, santo y grato a Dios; éste es vuestro culto espiritual" (Rom 12,1).

³ - No es lo mismo visitar a un amigo como huésped, que vivir en esa casa como dueño en casa propia. Cfr. Vol. XII, 27.11.1917, 20.6.1918; Vol. XV, 18.6.1923, etc.

Son sus actos, hechos en mi *Querer*, que más que accidentes se extienden en torno a Mí y me aprisionan, pero dentro de una prisión noble, divina, no oscura, porque sus actos, hechos en mi *Querer*, la iluminan y la calientan más que soles. Oh, cómo me siento feliz de **hacer vida real en ella**, porque me siento como si estuviera en mi Palacio celestial. Mírame en tu corazón, ¡qué contento estoy, cómo me complazco y siento el gozo más puro!”

Y yo: “Mi amado Jesús, ¿no es una cosa nueva y singular lo que dices, que en quien vive en tu Voluntad Tú haces **vida real**? ¿No es más bien la **vida mística** que Tú haces en los corazones que están en tu Gracia?”

Y Jesús: “No, no, **no es vida mística, como para aquellos que poseen mi Gracia, pero no viven con sus actos inmediatos en mi Querer** y no tienen materia suficiente para formarme los accidentes para retenerme. Sería como si al sacerdote le faltase la hostia y quisiera pronunciar las palabras de la consagración; las podría decir, pero las diría en el vacío, mi vida sacramental no tendría desde luego existencia. Así estoy en los corazones que, mientras pueden poseer mi Gracia, no viven del todo en mi *Querer*: estoy en ellos por Gracia, pero no realmente”.

Y yo: “Amor mío, ¿pero cómo puede ser que Tú puedas vivir **realmente** en el alma que vive en tu *Querer*?”

Y Jesús: “Hija mía, ¿acaso no vivo en la hostia sacramental, vivo y verdadero, en alma, cuerpo, sangre y Divinidad? ¿Y por qué vivo en la hostia en alma, cuerpo, sangre y Divinidad? Porque no hay una voluntad que se oponga a la Mía. Si Yo encontrara en la hostia una voluntad que se opusiera a la Mía, Yo no haría en ella ni vida real, ni vida perenne, y esa es también la razón por la que los accidentes sacramentales se consumen cuando me reciben, porque no encuentro una voluntad humana unida a Mí, de modo que quiera perder la suya para adquirir la Mía, sino que encuentro una voluntad que quiere actuar, que quiere obrar por su cuenta, y Yo hago mi breve visita y me voy. Por el contrario, para quien vive en mi Voluntad, mi *Querer* y el suyo son uno solo, y si lo hago en la hostia, mucho más puedo hacerlo en él; a mayor motivo que encuentro un palpitar, un afecto, una correspondencia, mi interés, cosa que no encuentro en la hostia. **Al alma que vive en mi Voluntad le es necesaria mi vida real en ella, de lo contrario ¿cómo podría vivir de mi Querer?** Ah, tú no quieres entenderlo, que la santidad de vivir en mi *Querer* es una santidad del todo diferente de las otras santidades y que, aparte las cruces, las mortificaciones, las cosas necesarias de la vida, que haciéndola en mi Voluntad la embellecen aún más, no es sino la vida de los bienaventurados del Cielo, cada uno de los cuales, viviendo en mi *Querer*, me tiene por esa razón en sí, como si Yo fuera para uno solo, vivo y verdadero, y **no morando en él místicamente, sino realmente**. Y así como no se podría llamar vida de Cielo si no me tuvieran en ellos como su propia vida, y si una pequeña partícula de mi vida faltase en ellos no sería completa ni perfecta su felicidad, así es para quien vive en mi *Querer*; no sería ni plena ni perfecta mi Voluntad en él, porque faltaría mi vida real, que produce esta Voluntad.

Es verdad que todo esto son prodigios de mi amor, más aún, éste es el prodigio de los prodigios, que hasta ahora mi *Querer* ha tenido en sí y que ahora quiere exteriorizar para obtener el fin primordial de la creación del hombre. Por tanto, mi primera vida real quiero formarla en tí”. (Vol. 16°, 5-11-1923).

En resumen, hemos visto

- que la Iglesia se forma mediante los Sacramentos, que son *medios*, y entre ellos el máximo, la Eucaristía;
- que *la causa* y el origen de los Sacramentos, como *medios* para hacerla llegar al hombre, es la Redención;
- que *el fin* es el de continuar Jesús su Vida en la tierra, pero no ya fuera del hombre, sino *en el hombre*;
- que *el fruto* que deben producir no sólo es salvar al hombre, sino santificarlo, llevarlo a la unión con Dios;
- no sólo llevarlo al Cielo, sino traer la vida del Cielo a la tierra: y eso es el cumplimiento del Reino de Dios.

Cuando Dios logre su fin, **ya no harán falta** los medios, los mismos Sacramentos y las cosas externas:

“...Por eso quiero la santidad del vivir en mi *Querer*: en estos tiempos tan tristes esta generación tiene necesidad de estos soles que la calienten, la iluminen, la fecunden. El desinterés de estos ángeles terrestres –todo por el bien de los demás, sin la sombra del propio– abrirá el camino a los corazones para que reciban mi Gracia. Y además, las iglesias son pocas, muchas serán destruidas; muchas veces no encuentro sacerdotes que me consagren, otras veces dejan que me reciban almas indignas y que no me reciban almas dignas; otras no pueden recibirme, por lo que mi Amor encuentra obstáculos. Por eso quiero la santidad del vivir en mi *Querer*. **En ella no tendré necesidad de sacerdotes para consagrarme, ni de iglesias, ni de sagrarios, ni de hostias, sino que esas almas serán todo a la vez: sacerdotes, iglesias, sagrarios y hostias**. Mi Amor será más libre: podré consagrarme cada vez que quiera, a cada momento, de día, de noche, en cualquier lugar que estén. ¡Oh, qué desahogo completo tendrá mi Amor!” (Vol. 12°, 27-11-1917).

“**No tener necesidad**” no significa que no existirán estos medios, los Sacramentos. Más adelante (il 29-1-1919) Jesús le dice: “Tendré una multitud de almas que viviendo en mi *Querer* reharán todos los actos de las

criaturas, y tendré la gloria de tantos actos que han quedado suspendidos, hechos sólo por Mí, hechos también por las criaturas, y éstas de todas clases: vírgenes, sacerdotes, seglares, según su propio oficio”; luego seguirán existiendo estas categorías de personas y por tanto los correspondientes Sacramentos.

Los Sacramentos no los recibimos solamente para ser *sanados* y para ser *santificados*. Quien vive de veras en la Divina Voluntad forma en sí la Vida de Jesús, como en la Eucaristía, y la multiplica para darla a todos en virtud de la Divina Voluntad, porque Ella es la fuente y la vida de todos los Sacramentos. Y si los recibe en Ella es para *glorificarlos*, como hace Luisa:

«Estaba dando gracias después de haber recibido la Santa Comunión y pensaba para mí que quería ofrecerla a todos y a cada habitante del Cielo, a cada alma del Purgatorio, a todos los vivienti que existen y existirán; y no sólo, sino que quisiera dar mi Jesús Sacramentado al sol, al cielo estrellado, a los prados en flor, es decir, a cada cosa creada, para darle a El la gloria y el triunfo de todas sus obras. Pero mientras lo decía pensaba: “Son mis tonterías de siempre. ¿Cómo puedo formar yo tantos Jesús? Es imposible”.

Y mi amado Jesús, moviéndose en mi interior, me ha dicho: “*Hija mía, como en la Hostia sacramental estan los pequeños accidentes del pan y en ellos se esconde tu Jesús vivo y verdadero, y hay tantos Jesús como hostias, así en el alma estan los accidentes de la voluntad humana, que no pueden consumirse como los accidentes de mi vida sacramental, por lo tanto más afortunados y más sólidos; y como la vida eucarística se multiplica en las hostias, así mi Voluntad Divina multiplica mi Vida en cada acto de voluntad humana, la cual, más que los accidentes, se presta a la multiplicación de mi Vida.*

En el momento que tú hacías correr tu voluntad en la Mía y querías darme a cada uno, así la Mía formaba mi Vida en la tuya y liberaba, fuera de su luz, mi Vida, dándome a cada uno, y Yo, oh, cómo me sentía feliz, porque la pequeña hija de mi Querer formaba tantas Vidas mías en los accidentes de su voluntad, para darme no sólo a las criaturas animadas, sino a todas las cosas creadas por Mí. Y Yo sentía que, mientras multiplicabas mi Vida, me hacías rey de todos: Rey del sol, del mar, de las flores, de las estrellas, del cielo, es decir, de todo. Hija mía, quien vive en mi Voluntad posee el manantial, la fuente de los sacramentos, y puede multiplicarme cuando quiere y como quiere”.

Pero entonces me ha venido una duda con esta última frase que he escrito y mi amado Jesús ha añadido:

“*Hija mía, los sacramentos salieron de mi Voluntad como otras tantas fuentejillas, brotaron de Ella, permaneciendo en Ella el raudal del que cada fuente recibe continuamente los bienes y los frutos que produce, y actúan según las disposiciones de quien los recibe, de manera que por falta de disposiciones de parte de las criaturas, las fuentes de los sacramentos no producen los bienes grandes que contienen. Muchas veces hacen brotar agua y las criaturas no quedan lavadas; otras veces consagran, imprimiendo un carácter divino e imborrable, pero con todo ello no se ven santificadas. Otra fuente da a luz continuamente la Vida de tu Jesús: reciben esa vida, pero no se ven los efectos, ni la vida de tu Jesús en ellos. Por tanto cada sacramento tiene su dolor porque no ve en todas las criaturas sus frutos y los bienes que contiene.*

Sin embargo, quien vive en mi Voluntad, haciendola reinar como en su propio reino y siendo Ella la fuente de los sacramentos, ¿qué tiene de extraño que posea la fuente de todos los sacramentos y sienta en sí su naturaleza con todos los efectos y los bienes que hay en ellos? Y recibendolos de la Iglesia sentirá que son alimento que él posee, pero que lo toma para dar la gloria completa a esos sacramentos cuya fuente ella ⁴ posee, para glorificar esa misma Voluntad Divina que los instituyó, pues sólo en Ella será dada perfecta gloria a todas nuestras obras. Por eso suspiro tanto el reino del «Fiat» Supremo, ya que él sólo dará el equilibrio a todo; dará a las criaturas todos los bienes que quiere y recibirá la gloria que éstas le deben.” (Vol. 22°, 4-7-1927).

Para terminar, me pregunto: ¿“**Vivir en el Divino Querer**” significa *superación o bien cumplimiento y glorificación de los Sacramentos* (en particular de la Eucaristía)? En este mundo pueden ser considerados “superados”, o “superada” la misma Sagrada Escritura entera o el Magisterio auténtico de la Iglesia? La respuesta la da sin la menor duda este último texto.

Es posible que no todos los que meditan los escritos de Luisa se den cuenta de que *no existe ruptura ni contraposición* entre los medios y su fin, entre el desarrollo del árbol con todas sus fases –ramas, hojas, gemas, flores– y el tiempo de los frutos; dicho de otra forma, entre el tiempo en que se manifiesta en la Iglesia el reino de la Redención y el tiempo en que se manifestará y se cumplirá el Reino del “Fiat Voluntas tua, sicut in Cælo et in terra”.

Siendo la Divina Voluntad “germen, medio y corona” de la Iglesia y de sus medios sacramentales, su fuente, su explicación, su “*alma*”, sería del todo ilógico hacer comparaciones entre una y otros, en el sentido de **confrontarlos** o de **contraponerlos**. Y aún peor si, de razonamientos teóricos, se pasara a aplicaciones

⁴ - “Ella”, es decir, la Iglesia.

prácticas, presentando en una luz *negativa* algún medio espiritual o algún Sacramento de la Iglesia, a causa de una desmedida admiración por el “vivir en la Divina Voluntad”, grande, sí, pero ignorando todo contexto.

¿Sería objetivo semejante modo de considerarlos? ¿De dónde puede nacer semejante (y grave) equívoco?

Un equívoco que recuerda el error –sin duda, en buena fe– del “*calabrés abad Joaquín, de espíritu profético dotado*”, como Dante llama a Joaquín de Fiore. En su triteísmo histórico (la era del Padre, la era del Hijo, la era del Espíritu Santo) comete el error de **separar y contraponer** esos tres periodos en que él divide la historia, más bien que **distinguirlos**. Por tanto, esa “*fractura histórica entre el tiempo de Cristo y el ‘tercer estado’, que llega a comprometer la definitividad de Cristo y su suficiencia para la historia de la salvación*”, esa **contraposición** manifestada por Joaquín entre “*la edad del Espíritu y la edad de Cristo, representando la primera sin duda una nueva economía religiosa, superación de la de Cristo*”, es claramente una exageración y un error. Jesucristo ha declarado que no ha venido a abolir la Ley o los Profetas; no ha venido a abolir, sino a dar cumplimiento (Mt 5,17).

Así como no se da “fractura histórica” ni contraposición entre el tiempo de las flores y el tiempo de los frutos en una misma planta, por más que sean dos cosas diferentes y sucesivas, el primero en función del segundo. No se olvida, no se corta el árbol ni se considera inútil o despreciable cuando llega el tiempo de los frutos.



7 PREGUNTAS PARA UN DEBATE a la luz de cuanto ha sido examinado

- * ¿ “**Vivir en el Divino Querer**”, según Luisa Piccarreta, **significa acaso que los Sacramentos** (y en particular la Eucaristía y la Santa Misa) **ya no son necesarios**?
- * ¿Cómo se ha de entender el sacramento de la **Reconciliación o Confesión** (recibirlo), a la luz del vivir en el Querer Divino?
- * ¿Qué sentido tiene **la Comunión Eucarística** a la luz de la Divina Voluntad?
- * ¿Y cuál es el papel o el significado del sacramento del **Matrimonio** y de la **familia**, según la doctrina de la Divina Voluntad?
- * ¿Cómo vivir los Sacramentos (recibiéndolos o bien dándolos), cuando se vive en la Divina Voluntad?
- * ¿Cómo se puede vivir **la Santa Misa** (asistiendo o celebrándola) en la Divina Voluntad?
- * ¿Qué relación debe tener con toda la Iglesia –empezando por la comunidad eclesial concreta en que se encuentra– quien dice que vive en el Divino Querer?